Honorato abrió los ojos, y reconoció á su hija. El llanto corrió por sus mejillas, y cruzando las manos como quien implora, dijo:

—¡Hija!... ¡ángel mio!... ¡perdóname! Te acusaba... te juzgaba mal...

Cayó hacia atrás, y perdió el conocimiento.

Rumor de pasos resonó en la escalera, y el señor de Croix-Mesnil entró en la estancia.

—¡Antonieta!...—exclamó.

—¡Le esperaba á Vd!...—repuso ella con acento de conviccion.

—¡Dios mio! ¿Habré llegado tarde?

—No; por desgracia, aún nos queda mucho que sufrir. Ayúdeme Vd. á conducir á papá á su cuarto.

Los dos jóvenes incorporaron al anciano, que se quejaba como un niño, y formando lúgubre cortejo, bajaron la escalera de piedra.

IX

Las horas que siguieron fueron espantosas. Croix-Mesnil se multiplicaba, y hacia vanos esfuerzos para tranquilizar á Antonieta sobre la gravedad del estado de su padre.

El doctor Margueron partió aquella mañana para celebrar una consulta en un pueblecillo algo lejano, y no volvió hasta las siete de la tarde. Encontró al marqués extremadamente inquieto, y con el lado izquierdo de la cara afectado por ciertos movimientos convulsivos, que eran uno de los síntomas de la afeccion cerebral. Prescribió sinapismos y una aplicacion de sanguijuelas, á la base del cráneo, si la congestion aumentaba. No ocultó la gravedad del caso, y prometió volver en las primeras horas del dia siguiente.

La jóven pasó en compañía del baron la velada más cruel de su vida, á la cabecera del enfermo. En el silencio de la alcoba, la respiracion entrecortada del marqués y sus frases incoherentes resonaban lúgubremente. Sentada junto á la mesa, sobre la cual una lámpara difundia débil claridad á través de la bomba de cristal raspado, miraba con cariño al amigo leal, que acudió no bien supo la desgracia que la habia ocurrido. Los dos callaban.

Antonieta aniquilada moral y materialmente, sólo lucubraba tristes ideas. Toda su atencion la concretaba en aquel pobre hombre, delirante y febril, y en el recuerdo de su hermano, cuyo peligro era menos inmediato, pero mucho más grave. ¡Qué triste calvario debia recorrer, y cuán pesada era la cruz que la abrumaba! Apénas tenia fuerzas para sostenerse en pié; como si dentro de la cabeza tuviera una bala de plomo, sentia espantosa pesantez, y hubiera dado un año de vida por poder llorar; pero sus ojos secos, hundidos en las órbitas, como si el esfuerzo del pensamiento los atrajera, brillaban de desesperacion en medio de dos círculos violados.

A las diez el viejo Bernardo entró con paso cauteloso, y les avisó que estaba servida la cena. Antonieta se negó á bajar al comedor, y á fuerza de súplicas, Croix-Mesnil la arrancó la promesa de tomar un poco de sopa allí mismo, haciéndola ver que no habiendo comido desde por la mañana, era muy fácil la faltase la energía necesaria para cuidar á su padre.

Despues de que cenó, el baron volvió junto á ella, y pretendió sustraerla á sus meditaciones, hablándola en voz muy baja, sin pensar que era inútil esta precaucion, porque las palabras herian los oidos del enfermo, pero no despertaban el eco más ligero en su espíritu.

La fria calma de la señorita de Clairefont. asustaba al jóven que hubiera preferido verla exaltada: razonaba con una frialdad y una lucidez admirables; no abrigaba ninguna esperanza; ella misma provocó la conversacion, interrogando á Croix-Mesnil sobre el efecto que produjo en el público la prision de su hermano, pues en el rincon donde vivian era imposible que se supiese lo que se pensaba y se decia en el exterior. Todas sus noticias estaban limitadas á las que su tia Isabel escribió en su breve carta.

Pero Croix-Mesnil no podia decir más que lo que era público; él supo la desgracia por el *Courrier de l'Eure*, que un oficial amigo suyo le llevó, y en cuyo periódico se contaban los detalles del asesinato y de la prision del presunto criminal. Tan pronto como obtuvo de sus jefes una licencia para ausentarse por veinticuatro horas, emprendió la marcha, y en la capital otros varios periódicos le pusieron al corriente del giro tomado por la opinion pública.

Se habian formado dos bandos; el uno favorable, y el otro contrario á Roberto. Por desgracia, éste era más numeroso que el primero, efecto de la pasion política, que influia no poco en el asunto.

Los periódicos radicales declamaban contra «los instintos sanguinarios de aquellos últimos representantes del feudalismo, que aún se consideraban dueños de sacrificar la honra y la vida de los proletarios.» A Chassevent, llamado por ellos «venerable anciano» y «honrado obrero,» le revestian con las formas de un padre loco de pena, llorando sin consuelo á la hija que era el báculo de su vejez. Y todas estas novelescas invenciones terminaban excitando la energía de los magistrados y el rigor del jurado, que debian ser inflexibles tratándose de tan espantoso crímen:

Croix-Mesnil se guardó muy bien de contar á Antonieta todos estos detalles, que demostraban la habilidad con que se supo extraviar la opinion. Tampoco le dijo que momentos antes de salir de Evreux habia recibido un telegrama de su padre, poniéndole en guardia contra el primer movimiento irreflexivo, y aconsejándole que procurase mantenerse á cierta distancia de la familia de Clairefont. «La ruptura no ha

sido provocada por tí—decia el prudente magistrado—aprovéchate de esta circunstancia, y no te comprometas. Todas las pruebas materiales condenan á Roberto; en su favor no hay más que presunciones morales, bien débiles por cierto.» El capitan guardó en el bolsillo el despacho, y partió, sin tomar en cuenta nada de lo que en él se le decia. Tenia un corazon grande; era uno de esos hombres que no creen hacer bastante como no hagan demasiado. Antonieta era desgraciada; su hermano, víctima de una calumnia; lejos de parecerle esto razon para alejarse, como le telegrafiaba su padre, entendia que en tales momentos el que fué amigo en la prosperidad, no tiene el derecho de prescindir de sus deberes por temor de comprometerse.

El uno junto al otro, triste él y pálida ella, hablaban á la luz de la lámpara, ténue como para velar á un moribundo. A intervalos se interrumpian para escuchar al anciano, que en su delirio pronunciaba palabras inconexas, y reia lúgubremente, recordando la horrible escena. Aquellas frases, balbuceadas con torpe lengua, estremecian á los dos jóvenes, y les ponian de manifiesto la espantosa realidad.

—¡Carvajan! ¡Siempre ese nombre maldito! ¿No fué él quien acusó á Roberto?—preguntó Croix-Mesnil.

—Eso dice el señor Molejean, y es indudable que fué una venganza de la afrenta que le hizo mi hermano. Hemos labrado nuestra propia desdicha: y si bien es verdad que nuestros enemigos merecen reproches por su conducta, tambien la merecemos nosotros por nuestra imprudencia.

Como una protesta de estas palabras humildísimas, la voz confusa del marqués se hizo más distinta, y pronunció:

—¡Carvajan!... ¡Ah, miserable!... ¡Fortuna, honor!... ¡Todo, menos mi obra!...

Presa de respetuoso miedo, los dos jóvenes se callaron, y por largo espacio sólo el monótono tic-tac del reloj interrumpió el silencio. Tres veces entró Bernardo: el pobre viejo queria pasar la noche á la cabecera de su amo; pero Antonieta le despidió con dulzura, mandándole acostarse para estar dispuesto al dia siguiente.

Las dos de la madrugada serian cuando, acercándose al lecho de su padre, observó que tenia el rostro menos crispado, y que la respiracion era más regular.

Tuvo un momento de alegría, y el llanto, que no consiguió hacer brotar el dolor acerbo, corrió en abundancia cuando un rayo de esperanza exclareció su alma. Juntó las manos, cayó de rodillas, y Croix-Mesnil la oyó rezar. Trató de consolarla, pero ella le dijo:

—Déjeme Vd.: estas lágrimas alivian mi pena.

Y señalando al marqués, prosiguió:

—Parece que está mejor; ¡si pudiéramos salvarle!.. ¡Sería horrible que Roberto no tornara á verle, y pudiera pensar que el disgusto le causó la muerte!

—No sucederá eso—replicó conmovido el baron.—Esté Vd. tranquila; los malos no triunfan siempre; hay una Providencia protectora de los inocentes, y ella hará que vuelva Vd. á ver juntos y felices al padre y al hijo.

—Espero que Dios escuchará mis ruegos—añadió Antonieta con acento que revelaba su profunda fé.

Por espacio de algunos minutos estuvieron al lado del lecho del enfermo. Despues Antonieta declaró francamente que deseaba velar sola á su querido padre.

—Si necesito ayuda, prometo llamarle

Croix-Mesnil resistió mucho; pero por fin hubo de resignarse á obedecer. El silencio lo invadió todo: el silbido melancólico de una corneja se escuchaba á lo lejos; pero, con ser de mal agüero, no aminoraba la esperanza de la jóven ¿Por ventura no era el ave que lógicamente debia rondar los alrededores de aquella casa donde todo era dolor?

Medio tendida en una butaca, con la mirada fija en una faceta de los adornos de la chimenea, sobre la cual reflejaba un rayo de luz, pasó mucho tiempo inmóvil, sin darse cuenta de lo que sucedia á su alrededor. Poco á poco sintió que languidecia, como si la vida la abandonase; su alma flotaba en los espacios imaginarios, donde todo es infinito. No sentia cansancio ni dolor; exhaló un suspiro, y se quedó dormida. Pero su sueño no duró más de una hora. Le pareció oir su nombre; se levantó asustada, y corrió junto al lecho del marqués. Este se habia incorporado sobre un brazo, y la miraba con dulzura: la habló, la estrechó una mano como para probarle que la reconocia, y articuló con dificultad:

—Conviene que veas á ese hombre, hija mia. Es honrado, y salvará á tu hermano.

Pensando que se trataba de una alucinacion, efecto de la fiebre, y que se referia á un ser imaginario, abrazó al anciano para tranquilizarlo, y repuso:

—Sí, papá; se hará como deseas.

El movió la cabeza, la miró con aire inteligente, y con acento que le pareció á Antonieta profético, repitió:

—El nos salvará; no lo dudes. Es bueno. Precisa que le veas, hija mia.

Intentó mirarla de nuevo; pero al volver la cara, sus facciones se contrajeron. Una sombra de insensatez se extendió por su semblante, y prosiguió diciendo:

—Hace un momento estaba ahí..., junto á las cortinas.

—Era el señor de Croix-Mesnil, papá.

—No—insistió el enfermo, con creciente agitacion; —sé lo que me digo; tengo mis razones para afirmarlo. Era Pascual Carvajan. Sólo él puede salvar á tu hermano. Ofréceme que le verás. No estaré tranquilo hasta que me lo prometas...

—Bien, tranquilízate. Te prometo cumplir tu mandato.

Las facciones del marqués se dilataron: se dejó caer hácia atrás; murmuró algunas palabras que la jóven no pudo comprender, y se durmió tranquilamente.

La señorita de Clairefont permaneció pensativa. El recuerdo de Pascual, evocado por su padre, habia renacido por completo. Parecíale que estaba en su presencia, con su fisonomía enérgica y varonil; entreabria la boca para hablarla; pero ella, que sabia de antemano lo que le iba á decir, no queria escucharle. No obstante, sus palabras, como una plegaria acariciadora, resonaban en sus oidos. ¿Podria dudar que la amaba? Su muda admiracion, su tímido respeto, proclamaban amor á todas luces. Al contemplarla, temblaba, y cuando la veia alejarse, palidecia. Provocó á Croix-Mesnil, impulsado por los celos: le pertenecia en absoluto; debia aborrecer cuanto no fuera ella; repugnaba con horror las tenebrosas intrigas de su padre, y, sin embargo, ni siquiera esperaba un poco de amistad en cambio de su adhesion incondicional.

Todo lo que oyó contar de él tomaba forma en su imaginacion, y con su habilidad en los negocios, su ta-

lento como abogado, su energía para rechazar el despotismo paternal, lo atraia á su pesar y se confesaba á si propia que entre Carvajan padre y su hijo habia un abismo. Las palabras del marqués resonaban aún en sus oidos: «¡El salvará á tu hermano!» le oyó decir. ¿Por qué misteriosa intuicion, el padre afligido, señalaba en él al hombre capaz de resolver aquel horrible conflicto? ¿Acaso un poder sobrenatural le inspiró? Jamás le habia visto, y sin embargo se le aparecia en su delirio, le llamaba por su nombre, y con irresistible autoridad se incorporaba en el lecho del dolor para manifestar su deseo. ¿No tenia ella el deber de complacerle? ¿No se lo habia ofrecido, y en el fondo del alma sentia renacer la esperanza?

Acaso la salvacion dependiese, en efecto, de él. Indudablemente debia influir mucho en el ánimo de su padre. Con sólo conseguir que el odio de Carvajan se aminorase (y podria suceder, si con esta capitulacion se satisfacia el orgullo del alcalde), se habria adelantado mucho. Como consintiera en permanecer neutral, destruida la influencia de partidarios tan poderosos, la salvacion de Roberto era mucho menos difícil, y obtenida ésta, el pobre enfermo ya no moriria de pesadumbre.

Este pensamiento exaltó el ánimo de Antonieta Si, en efecto, estaba en sus manos la salvacion de todos, no habia lugar á duda, aunque obtenerla requiriese una humillacion. Seria menester que fuese á buscar á Pascual, que le rogara, que le convenciese, despues de haberle hecho comprender un dia que entre una Clairefont y un Carvajan nada de comun podria existir. Pero, ¿qué importaba todo esto, si era el precio de la vida de su padre y la libertad de su hermano?

Aceptaba el sacrificio de su orgullo como una expiacion, porque se reconocia hasta cierto punto culpable. Su altanería y su desden acaso influyeron en la comun desgracia. Si era preciso, hasta llegaria á arrostrar las iras del alcalde, pidiéndole gracia para los suyos y perdon por haberle arrojado de su casa.

La llegada del dia la afirmó más y más en su propósito. Sólo le faltaba inventar el pretexto para acercarse á Pascual, y lo encomendó á la suerte.

A las siete Croix-Mesnil se le reunió. El anciano, sumido en letárgico sueño, no hablaba ya, y respiraba con fuerza. Accediendo á la súplica de su amigo, consintió en dejarle al cuidado del enfermo: se fué á su cuarto; se refrescó la cara lavándosela; se acostó vestida, y dormitó hasta las nueve. A esta hora llegó el doctor en compañía de Molejean. Avisada por Bernardo, fué á reunírseles, y les encontró á la cabecera del enfermo.

Por órden del médico estaban abiertas todas las ventanas; el aire y la luz parecia que reanimaban al enfermo; tenia los ojos abiertos, y en ellos se reflejaba un destello de inteligencia.

La fiebre habia remitido, pero la parálisis parcial invadia el costado derecho.

El doctor declaró que abrigaba muchas esperanzas de salvacion, pues el ataque cerebral incipiente estaba dominado.

—Necesita mucha tranquilidad, y sobre todo no hablar. Salgamos, y abajo extenderé una receta.

Sobre la terraza, entre el notario y la señorita de Clairefont, el médico no pudo resistir al deseo de hablar de Roberto. El dia antes, preocupado por la gravedad del marqués, no pudo contar la impresion profundísima que le causó le escena de la confrontacion.

—Cuando le ví arrodillarse delante del lecho de la muerta, no pude remediarlo; me conmoví, y pense para mí: «ó este hombre es un criminal empedernido, ó es inocente.»

—Es indudable que no intervino para nada en el crímen—dijo Molejean—es tan leal, que le creo incapaz de mentir. Un Cleirefont no sabe hacerlo.

—Tiene terribles enemigos—volvió á decir Margueron.—Mis declaraciones, desnaturalizadas por la gente, corren de boca en boca por Neuville, y perjudican al señor Roberto; pero delante del tribunal me rectificaré, y como el jurado no esté influido...

—¿Seria eso posible?—exclamó Antonieta asustada.

—Se dan casos—dijo Molejean.

La señorita de Clairefont dejó partir al doctor, y detuvo al notario; estaba resuelta á no retroceder é intentarlo todo, antes que consentir que Carvajan, trabajando la opinion pública, influyese sobre los que habian de juzgar á su hermano. En cuanto se quedó sola con Molejean, sin más preparacion ni más ambages, le dijo:

—¿Cómo nos arreglaremos para que pueda yo tener una entrevista con Pascual Carvajan?

El notario, que ni soñaba que semejante cosa pudiera ocurrírsele á Antonieta, se quedó estupefacto; hasta llegó á temer que, exaltada, intentase un disparate. La interrogó con tino, y al oirle referir lo ocurrido la noche anterior, sin emitir su opinion sobre las palabras de su padre, que á su juicio tenian algo de sobrenatural, Molejean sintió que le subyugaba la emocion, y pensó:

—¡Quién sabe si, en efecto, este plan es el más prudente! Acaso sea posible dominar á Pascual excitando sus buenos sentimientos, y sujetar á su padre

por medio del interés. Quizá será menester entregar todos los bienes al alcalde de Neuville, para que transija; pero, ¿no es esto preferible á un proceso que puede concluir con el cadalso? El notario tenia la conciencia de que todas las declaraciones contrarias á Roberto fueron dictadas por Fleury, Tondeur y comparsa, y no se engañaba. Una sola palabra de Carvajan podia trocar la sentencia de muerte en un *no ha lugar*.

—No me parece mal: es una tentativa que tal vez dé resultado. El hijo del alcalde llegó esta mañana: fácilmente podremos verle; pero me figuro que no querrá Vd que encontremos al padre, y para evitarlo precisa obrar con mucho tacto. Si quiere V. que yo me encargue de arreglarlo...

—Sólo en Vd. confio.

—Pues bien: puede Vd. venir á mi casa, y mientras yo vigilo la de Carvajan y preparo la manera de que V. entre en ella, mi mujer la hará compañia.

Despues de una ausencia de veinticuatro horas que habia preocupado mucho á Carvajan, Pascual volvió como habia prometido. Interrogado sobre los resultados de su viaje, contestó lacónicamente que fué al Havre para entenderse con uno de sus corresponsales. Pero no tenia costumbre de mentir, y no pudo menos de ruborizarse al contar lo que no era cierto. Volvia de Rouen, y fué en busca de un condiscípulo suyo recientemente nombrado sustituto del procurador general. Su amigo le recibió con esa amabilidad enfática, patrimonio de las gentes de curia; hablaron largamente por espacio de media hora sobre lo penoso que era un cargo de tan enorme responsabilidad; y cuando Pascual intentó traer la conversacion al objeto de su visita, sólo obtuvo monosílabos por respues-

ta, y hubo de abandonar su propósito ante la desconfiada frialdad del sustituto.

—Negocio muy difícil. Instruccion complicadísima; de pronóstico reservado.

Esto fué lo más que pudo conseguir que le dijera el magistrado, que acabó por imponerle silencio, cuando le dijo con un acento que envolvia una reticencia:

—En suma, mi querido Carvajan; no sé cómo me pregunta Vd. por cosas que debe saber mejor que yo, puesto que es Vd. de Neuville.

Y en lugar de contestar, habia sometido á Pascual á un interrogatorio.

Al cabo de una hora de visita, Pascual se retiró muy inquieto, con la conviccion de que la mayoría de aquel tribunal llevaria adelante la causa, y pasó una noche bien triste en la fonda; pues temeroso de inspirar sospechas á su padre, no se atrevió á volver hasta el dia siguiente. Mientras la señorita de Clairefont estaba en casa de Molejean, Pascual se esforzaba por distraerse trabajando en el despacho de su padre, pero sus propósitos resultaban inútiles, porque el pensamiento, desobediente á su voluntad, volaba fuera de la casa paterna, para fijarse en la imágen de la mujer amada. Estaba nervioso é inquieto, tan pronto sentado como en pié junto á la ventana, ya paseándose, ya mirando al cielo cubierto de nubarrones que amenazaban tempestad.

Brilló un relámpago; á lo lejos se escuchó el fragor del trueno, y la luz se tornó amarillenta, como si los rayos del sol se filtraran á través de una nube de cenizas.

El aldabon resonó con violencia, sacudido por una mano impaciente. Pascual prestó atencion, y apercibió confuso rumor de palabras en el patio, y antes

de que pudiera sospechar quién era el visitante, el señor Molejean apareció en la puerta de la estancia.

En su presencia se reflejaba una expresion particular; pestañeaba con vertiginosa rapidez, y con aire misterioso avanzó hasta el jóven, y le dijo en voz baja:

—Su padre de Vd. se ha marchado á Lisors, ¿verdad? ¿Está Vd. solo... y no espera á nadie?... Porque ahí fuera aguarda una señora que desea hablar con usted.

Al escuchar estas palabras, Pascual creyó que el corazon se le iba á salir del pecho, sintió que las piernas se le doblaban, y le pareció que la estancia giraen torno suyo. Con voz alterada preguntó:

—¿Quién es? seguro de que le contestaria que la señorita de Clairefont.

Pero no sucedió así, porque Molejean, sin perder siquiera el tiempo necesario para responder, abrió la puerta, y dijo, apartándose para dejar el paso libre:

—Entre Vd., señorita.

Los dos jóvenes se encontraron frente á frente, y sus fisonomías revelaban afectos bien diversos. Antonieta vestida de negro, traia el rostro cubierto por un velo: se lo arrancó con un movimiento nervioso, y su rostro, pálido, revelador de una profunda pena, apareció á los ojos de Pascual.

Al fijar su mirada en los ojos de Antonieta, enrojecidos por el llanto é impregnados de tristeza, sintió que le recorria un escalofrio, y sin darse cuenta de lo que hacia, le ofreció una silla. La jóven se dejó caer sobre el asiento, y miró á Molejean de un modo muy expresivo; éste se inclinó, y, saliendo del cuarto, dejó solos á los dos poéticos adversarios.

Aquella situacion, que el dia antes hubiera pagado